

hasta donde podían. El comercio del Báltico enriquecía a la Holanda y a la Inglaterra, pero también constituía uno de los recursos más principales de Suecia y Dinamarca, que sacaban de los crecidísimos derechos marítimos ingresos enormes, tanto que sobre ellos basaban ambos Estados en gran parte su existencia económica, pudiendo aumentar sus tarifas siempre que quisieran. Una hoja volante de la época dice que el rey de Dinamarca era rey solo por el derecho que cobraba de los buques que transitaban por el estrecho del Sund, ya que su país era tan pobre que no podría llevar el título de rey solo con los recursos que el país le facilitaba (1).

También dependía el tesoro sueco de los derechos marítimos que cobraba de los buques mercantes en todas las costas donde dominaba; y un dictamen del tesorero del reino sueco, del año 1655, dice que además de los rendimientos de las minas de cobre constituían los derechos marítimos los ingresos más positivos (2). Estos ingresos seguros eran tanto más importantes, cuanto que el despilfarro de los bienes de la corona había reducido los demás ingresos a una cantidad mínima. Desde el reinado de Gustavo Adolfo, que tuvo el talento de extender el sistema de derechos marítimos, para sostener con los recursos que le daba sus empresas guerreras, habían pesado cada vez más estos derechos sobre el comercio del Báltico, tanto que, según se dijo, subían a veces hasta el treinta y aun el cincuenta por ciento del valor de la mercancía (3). Dada esta situación, no podía menos de ser muy triste para la hacienda de Suecia la pérdida de una parte de tales ingresos desde la paz de Stumsdorf, que le había arrebatado las costas prusianas y hecho perder de esta manera una cantidad calculada en un millón de talers anuales. Las aduanas de Memel, Pillau y Danzig habían dado ingresos enormes; y se comprende que los hombres de Estado suecos dirigiesen siempre sus miradas a aquellas costas como objeto de su política de conquistas, objeto invariable en medio del cúmulo de proyectos políticos posibles e imposibles que ocuparon al gobierno sueco en los años inmediatos a la subida al trono de Gustavo Adolfo, si bien este objeto real del gobierno sueco estaba a veces encubierto por medidas a veces fantásticas solo en apariencia.

La cuestión del dominio marítimo del Báltico fué, pues, principalmente una cuestión política y económica. Dominar el Báltico quería decir poseer en sus costas los puntos más productivos, por ejemplo, las desembocaduras de los ríos, que abrían al comercio extensos territorios del interior, comercio que aumentaba en proporción los tributos que la potencia dominante cobraba. La cuestión, por tanto, interesaba por igual a las comarcas marítimas y a las del interior.

A este dominio, mirado bajo el indicado punto de vista, se dirigía la política sueca. Siendo por sí sola una potencia mercantil de segundo ó tercer orden, procuraba sin cesar aumentar y reforzar sus dominios en las costas del Báltico y hacer en ellas productivo para su tesoro el comercio de las grandes potencias marítimas. La paz de Westfalia había dado a la Suecia las costas alemanas; las que estaban bajo la soberanía polaca habían sido siempre objeto de la codicia sueca, y en el tiempo de que tratamos era inminente una nueva tentativa para apoderarse de ellas (4). Esta política sostenida

(1) El producto de los derechos de tránsito por el Sund está calculado en una relación sueca del año 1649, en 500,000 hasta 600,000 talers según los años. Véase Geyer: *Historia de Suecia*, tomo III, página 340.

(2) Carlson, tomo IV, pág. 47.

(3) *Doc. y Actas*, tomo I, pág. 11.

(4) El canciller sueco Oxenstjerna dijo en el parlamento de su país en 1655: «La mayor parte de los territorios que rodean el Báltico pertenece a S. M. el rey de Suecia.» Carlson, tomo IV, pág. 81.

durante un siglo con tenacidad y talento, pero en la esencia con desgracia, fué funesta al fin para la nación sueca, que se mantenía explotando el trabajo y el capital extranjero, pero que solo pudo seguir este sistema mientras no había en el ámbito del Báltico grandes potencias territoriales y sobre todo militares, decididas a no ser explotadas en su comercio marítimo. Así sucedió desde el engrandecimiento de la Prusia y de la Rusia.

Se comprende la profunda y trascendental conmoción a que estaban expuestos todos los Estados políticos de Europa si una nueva guerra en grande escala en los Estados bálticos pusiera en movimiento, ya ofensivo, ya defensivo, tan múltiples y distintos intereses. Esta guerra ante todo debía producir sus efectos infaliblemente en Alemania. Solo los ignorantes podían creer que una lucha como la indicada podría ser localizada dentro del cuadro de una contienda entre Polonia y Suecia.

En Viena, en la corte del pacífico Fernando III reinaba ya la mayor inquietud desde el cambio del trono en Estokolmo; y ciertamente tenían más causa las cortes del Norte de Alemania para temer y para prepararse a los próximos sucesos, de los cuales era solamente un preludio pequeño el ataque de la Suecia contra la independencia de Bremen. Los duques de Brunswick procuraron por lo pronto cortar cautelosamente toda probabilidad de ser arrastrados en el torbellino por su alianza con el Brandeburgo. Todos los gobiernos alemanes esperaban que la tempestad se detendría en las fronteras del imperio, todos a excepción de un solo príncipe alemán, el elector Federico Guillermo de Brandeburgo, que desde luego comprendió que le sería imposible conservar en la nueva crisis una actitud neutral; pues como duque de Prusia era dueño de un dilatado territorio marítimo con las importantes plazas de Pillau y Memel, que defendían dos vastos alfaques y habían de figurar necesariamente en todas las cuestiones de predominio en el Báltico. Allí tenía el elector comunicación con el mar cuando la Prusia no poseía todavía la Pomerania oriental y la isla de Rugen. Todo cambio de poderío entre la Suecia y la Polonia, ya que ambas codiciaban la posesión de la Prusia, sería peligroso para el ducado de Prusia y para su soberano, y esta contingencia obligaba al elector a estar sobre las armas, fuera para tomar ya la ofensiva, ya la defensiva, según lo exigiesen las circunstancias.

No tardó el rey Carlos Gustavo de Suecia en manifestar al elector que contaba con el ducado de Prusia como base de sus operaciones en su próximo combate contra la Polonia. En setiembre de 1654 llegó a Berlín el conde de Schlippenbach, embajador del rey de Suecia, para comunicar oficialmente al elector la subida al trono del nuevo rey, con la seguridad de sus intenciones pacíficas respecto del imperio alemán; pero al propio tiempo hizo algunas indicaciones significativas respecto de los proyectos de su soberano contra la Polonia y de la utilidad de una alianza entre la Suecia y el Brandeburgo. Además en su conversación con el elector añadió que la condición previa de tal alianza había de ser la cesión a la Suecia de los dos puertos de mar de Pillau y de Memel, recibiendo por supuesto una gran indemnización a expensas de la Polonia (5).

Este diplomático imprudente descubrió demasiado pronto las garras de la Suecia poniendo como precio de la alianza sueca la renuncia por parte del elector de su posesión ma-

(5) Véase Pufendorf: *Frid. Will.*, tomo V, párrafo 2; *Carlos Gustavo*, tomo I, párrafo 57; *Doc. y Actas*, tomo VI, página 663; G. Arndt: *La misión del conde de Schlippenbach en las cortes de Brandeburgo y de la Sajonia electoral en el año 1654*, apuntes para la historia y política (Cotta), 1888, pág. 11.

ritima en cambio de una provincia polaca del interior. El elector rechazó decididamente toda cesión de territorio marítimo, y por medio de un embajador que envió poco tiempo después a Estokolmo, declaró que no había condiciones imaginables que pudieran hacerle renunciar a los puertos de mar de Pillau y Memel, pues ni el emperador Carlos V se había atrevido a proponer cosa semejante al rey Francisco I de Francia cuando después de la batalla de Pavía le tuvo en Madrid prisionero. La corte de Estokolmo se apresuró a desaprobado lo dicho por su embajador, pero ya estaba advertida la de Berlín; el elector envió al general Sparr a Prusia para inspeccionar las fortificaciones de Pillau y Memel y se tomaron disposiciones para situar una fuerza armada numerosa en el ducado de Prusia.

Faltaba saber qué papel pensaba hacer el elector de Brandeburgo en las inevitables y próximas complicaciones; porque el ducado de Prusia era un feudo de la corona de Polonia por el cual el elector, en el primer año de su reinado, había prestado personalmente su juramento de fidelidad y homenaje en Varsovia al rey Uladislao IV de Polonia, si bien había dado a conocer claramente en toda su política que no se consideraba vasallo de la corona polaca en el sentido usual, sino a lo más como un aliado independiente. En este sentido había puesto a disposición del rey de Polonia en 1648 su auxilio contra los cosacos zaporogos sublevados; pero por otro lado le había negado su parte de los derechos marítimos recaudados en los puertos del ducado de Prusia, concesión que el rey Uladislao había arrancado del elector Jorge Guillermo en los últimos años de su reinado. Con esta negativa Federico Guillermo había hecho constar su soberanía exclusiva sobre el producto principal de aquel país (1). No obstante, la soberanía feudal de Polonia no dejaba de ser humillante y depresiva, tanto más cuanto que la corona y el parlamento de Polonia recordaban a cada paso a su vasallo en términos altaneros su dependencia.

El deseo de adquirir la soberanía completa sobre el ducado de Prusia se avivó en la mente del elector desde el primer instante al saber los propósitos de la Suecia sobre Polonia, y la satisfacción de este deseo fué el objeto principal del elector y de sus consejeros en los sucesos que estaban a la vista, sin que para esto fuese indispensable asociarse a la Suecia. Hubo consejero que recordó al elector su juramento de vasallo, dándole a entender que ya sería ganar mucho si pudiese alcanzar la disminución de sus obligaciones de vasallaje. Otro dijo: «Se me pone la piel como carne de gallina y me tiembla la mano cuando pienso lo que podría suceder si fuéramos vencidos;» mas el conde de Waldeck rechazó como otros consejeros tales consideraciones de excesiva prudencia e insistió en que se debía tomar una actitud enérgica en este asunto, dejando a los teólogos y profesores de derecho feudal analizar cristianamente la cuestión, porque el rey de Polonia tampoco había cumplido siempre sus obligaciones como soberano feudal (2). De todos modos, en las disposiciones y conducta del elector no desempeñaron gran papel los escrúpulos de violar sus deberes de vasallo; porque ya en los primeros meses del año 1655, antes de estallar la lucha, salvadas las consideraciones que exigía la precaución, había dado a conocer sus intenciones de seguir una política enérgica y aprovechar todas las ocasiones ventajosas: actitud recomendada especialmente por el conde de Waldeck, contra la opinión de los consejeros más ancianos.

(1) Véase sobre esto *Doc. y Actas*, tomo I, pág. 24, y en el mismo tomo, sección primera, las relaciones entre Prusia y Polonia.

(2) Ranchbar: *Vida y hechos del príncipe de Waldeck*, publicada por Curtze, Arolzen, 1870, tomo I, pág. 62.

Todas las noticias que se recibieron de Polonia demostraban que este reino se encontraba en situación confusa, insostenible e irremediable. Su ejército resistió con mucho trabajo a las fuerzas moscovitas que habían penetrado en la Lituania; y en el parlamento que estaba reunido en los meses de mayo y junio en Varsovia se repetía el antiguo espectáculo de la lucha de los partidos y de la desconfianza mutua. A la vista de todos estaba el peligro, a la invasión rusa iba a agregarse la sueca, y no había medio de hacer tomar al parlamento polaco la resolución de prepararse enérgicamente para hacer frente a los enemigos, y mucho menos la de alistar infantería alemana para proteger el país como pedía el rey. Se temía que, accediendo a esta petición, peligrara la independencia de los magnates y que el rey con tropa extranjera se hiciese soberano absoluto. Se acordó llamar a las armas a toda la nobleza, pero tampoco había dinero; el rey personalmente era rico, pero guardaba para sí sus tesoros y en el parlamento nadie quería dar nada. Los laicos, dice el informe de una embajada brandeburguesa, recomendaban que se echara mano de los tesoros de las iglesias, y el clero pedía que se acudiera a las riquezas y objetos preciosos de los laicos; es decir, que ni estos últimos ni el clero estaban dispuestos a dar algo de lo suyo por la patria. La Polonia era un caos y el elector de Brandeburgo no podía comprometerse en una causa tan perdida como la polaca, ni cómo para cumplir con vetustas obligaciones feudales había de oponer sus armas a la Suecia, más poderosa y armada hasta los dientes, y con el temor de que en el último momento desesperado la corte de Polonia acaso comprara la paz cediendo al rey Carlos Gustavo el ducado de Prusia? ¿Cómo podía el soberano alemán protestante tomar las armas contra la Suecia, también protestante, a favor de la Polonia que estaba en poder de los jesuitas y que perseguía sin misericordia a los disidentes del culto católico? Si la Polonia estaba ya irremisiblemente perdida, como todo lo indicaba, ¿sería prudente que el duque de Prusia derrochase su poder alemán en tentativas de salvación inútiles?

No se disimulaba el gobierno de Berlín que si la enemistad de la Suecia era peligrosa, no lo era menos su amistad como indicaban aquellas proposiciones de Schlippenbach. Por otra parte, era costosísima una neutralidad armada entre ambos enemigos, y exponía a la enemistad de ambos. Una unión estrecha con la Suecia con un imponente ejército propio parecía lo más seguro y daba esperanzas de salir hasta con ventaja de la complicación; pues en caso de una conquista ó división de la Polonia era una necesidad política para el Brandeburgo pedir su parte y procurar redondear sus territorios dispersos para aumentar su seguridad.

El elector no había rechazado en absoluto la idea del embajador sueco de una alianza entre Suecia y el Brandeburgo, y a creer los informes del diplomático sueco, a la verdad, no siempre fidedignos, había indicado el mismo elector la idea de la citada alianza (3). Desde entonces no se habían recibido nuevas proposiciones de parte de Carlos Gustavo. El elector envió a Estokolmo a su consejero Dobrczencki para felicitar al rey con motivo de su advenimiento al trono, pero todos los esfuerzos de este diplomático para escudriñar las intenciones del rey fueron inútiles y las proposiciones de mediación no fueron escuchadas, como tampoco lo fueron en Varsovia. El embajador brandeburgués escribió que en la capital de Suecia se hacían grandes preparativos de guerra y en

(3) Pufendorf: *Carlos Gustavo*, tomo I, párrafo 12; Arndt, pág. 19; carta de Carlos Gustavo al elector, fechada en 16 (26) de diciembre de 1658 en la *Historia de Polonia*, de Rudawski, pág. 214, en cuya carta el rey de Suecia afirma lo mismo.

todo el país reinaba la mayor animosidad contra la Polonia y grandísimo deseo de poseer los puertos de mar prusianos. Ni indicios siquiera había de buscar una inteligencia con la corte de Brandeburgo; solo cuando el embajador del elector aludió al deseo de su soberano de poseer la soberanía del ducado de Prusia, se le contestó que esto estaba muy bien pensado y era muy digno y que la ocasión se brindaba para ello. El embajador regresó sin haber logrado penetrar las intenciones del rey de Suecia.

Acaso quería Carlos Gustavo llevar á cabo su empresa sin enterar al elector de sus planes. Esta oscuridad era para este último un augurio siniestro, porque todo el mundo recordaba que en 1626 Gustavo Adolfo había ocupado por sorpresa la fortaleza de Pillau cuando le fué necesaria, y si esto había hecho siendo cuñado del entonces elector Jorge Guillermo, ¿cuánto mas no era de esperar semejante acto brutal de Carlos Gustavo? (1).

Era menester estar preparado para todas las contingencias, y como los Países Bajos tenían al parecer el mayor interés en no abandonar el comercio del Báltico á la arbitrariedad y á las extorsiones de la Suecia, el elector Federico Guillermo recordó sus negociaciones con aquel país respecto de una alianza. El partido aristocrático, que prevalecía en Holanda, había impedido la formación de esta alianza porque el príncipe elector estaba estrechamente ligado á la casa de Orange; pero á la sazón, en la perspectiva de una nueva guerra en las comarcas ribereñas del Báltico, los holandeses se acordaron de las injusticias cometidas por los suecos en tiempo de Gustavo Adolfo contra los buques mercantes de Holanda; y sabiendo al mismo tiempo que su rival la Inglaterra estaba en la mejor inteligencia con la corte de Suecia, y que se suponía á Cromwell muy inclinado á unirse contra ellos con Carlos Gustavo, creyeron que les podría ser muy útil la alianza con el elector de Brandeburgo. La república holandesa, al prever complicaciones belicosas en el Báltico, estaba decidida á oponerse por todos los medios posibles á que cayera el dominio exclusivo del Báltico en manos de la Suecia, y teniendo el elector de Brandeburgo, como duque de Prusia, idéntico interés, se llegó despues de tantos años á concertar una alianza ofensiva por ocho años, prometiéndose ambas partes su auxilio contra todo ataque á sus territorios y la conservación del estado de comercio y navegación y los derechos corrientes contra toda innovación. Además el elector se obligó expresamente á no entregar ni pignorar sus puertos á ninguna otra potencia, ni ceder á ninguna otra derecho alguno como recaudación de derechos de navegación ni la admisión de buques de guerra (2).

Esta alianza iba evidentemente dirigida contra la Suecia, y en el momento de ser concertada llegaron á Holanda las primeras noticias sobre los triunfos de Carlos Gustavo en Polonia. En seguida los holandeses dispusieron todo lo necesario para enviar cuanto antes una escuadra de guerra al Báltico. Mientras el elector de Brandeburgo seguía sus negociaciones con el gobierno holandés para lograr la deseada alianza que debía cubrirle las espaldas contra la Suecia, estaba tratando también con el rey de este país para firmar con

(1) Comunicaciones de Dobrzeński desde Estocolmo y desde noviembre de 1654 hasta junio de 1655 en *Doc. y Actas*, tomo VI, página 633; Erdsmannorffer: *El conde de Waldeck*, pág. 322. En esta última obra se habla de proposiciones de alianza hechas por parte del elector en Estocolmo, al parecer con el propósito de dejar al Brandeburgo la acción libre en Alemania y al rey de Suecia en Polonia y Prusia, auxiliándose mutuamente los dos soberanos.

(2) Morner, en sus *Tratados del electorado de Brandeburgo*, trae en extracto el acta de esta alianza, ajustada en 27 de julio de 1655; sobre las negociaciones relativas á ella véase *Documentos y Actas*, tomo III, página 5, y tomo IV, pág. 21.

él un tratado de alianza; pero Carlos Gustavo solo escuchó las proposiciones del brandeburgués cuando hubo concluido sus preparativos de guerra y cuando sus ejércitos se dirigieron simultáneamente desde la Livonia y la Pomerania contra la Polonia. Entonces invitó al elector de Brandeburgo á que enviase á Stettin representantes para celebrar una conferencia para llegar á ponerse de acuerdo.

El príncipe elector, impulsado por las circunstancias y por la esperanza de adquirir un gran aumento territorial, se decidió á una política enérgica de conquista, siguiendo el consejo de Waldeck, que le había dicho: «En cuanto depende del poder humano, es indudable que la Polonia está perdida, y si no entramos en acción nosotros estamos perdidos también: todos se echarán sobre nosotros.» Estas palabras de Waldeck pintan el espíritu del gobierno brandeburgués cuando á mediados de julio de 1655 entró en Stettin en negociaciones con la Suecia.

El elector destinó para representarle al conde de Waldeck y como compañero suyo para moderar su ardor al consejero Oton de Schwerin, hombre de mas edad y mas prudente. Las instrucciones que recibieron y las relaciones que enviaron á Berlin nos muestran la política brandeburguesa pronta y decidida á hacer conquistas, estrechamente unida al rey de Suecia por poco aceptables que fuesen las condiciones del rey y no impusiesen á la independencia del elector y duque sacrificios demasiado pesados.

Las condiciones bajo las cuales el príncipe elector estaba dispuesto á entrar en una alianza permanente con la Suecia eran en resumen las siguientes (3). Las pretensiones brandeburguesas se proponían en primer lugar obtener la soberanía del ducado de Prusia, debiendo esta soberanía extenderse á todas las adquisiciones territoriales que pudiera hacer el elector. Estas adquisiciones habían de ser primero el obispado de Varnia inclusa la ciudad de Braunsberg con su puerto, y también si posible fuera la ciudad de Elbing ó por lo menos la mitad de sus derechos de tránsito; también se pidió el gran ducado de Lituania, si bien esta pretension no fué acaso muy seria; pero había un partido en la Lituania que pensaba elevar al trono del gran ducado, que pronto había de quedar vacante, al elector de Brandeburgo (4). Constituía la pretension principal la adquisición de una parte del reino de Polonia propiamente dicho; porque con esta anexión adquiriría el elector la deseada comunicación entre la Neumark y el ducado de Prusia y al propio tiempo una posición á orillas del Vístula. Este deseo ocupó durante meses al gabinete de Berlin y por algun tiempo se mostraron los Estados de aquella provincia polaca dispuestos á reconocer el protectorado del gran elector, que, por su parte, había hecho inspeccionar ocultamente por un oficial de ingenieros de Custrin los pasos mas importantes de los rios de la provincia, es decir, del Netze, Warthe y Vístula; por manera que habían de quedar ambas orillas de este rio en poder del elector con la parte de Cuyavia que en la otra orilla del Vístula confinaba con el ducado de Prusia. En una instrucción para los dos embajadores escrita por el mismo elector había este enumerado las comarcas y plazas fuertes que pretendía.

Las condiciones del brandeburgués se extendían á otras cuestiones importantes, porque además de pedir que la Suecia le asegurase la completa soberanía en los territorios que

(3) Este resumen comprende los puntos principales de las diferentes instrucciones que durante el curso de las negociaciones de Stettin dió el elector á sus representantes y sin cuya aceptación no debían cerrar ningun trato. Además debían obtener la promesa de parte del rey Carlos Gustavo de no hacer la paz hasta que se consiguieran las ventajas pedidas por el elector de Brandeburgo.

(4) Véase *Documentos y Actas*, tomo VII, pág. 371.

ya poseía y en aquellos otros cuya adquisición pretendía, renunciando al mismo tiempo á todo condominio en el Báltico, solicitaba para sus territorios completa libertad de comercio y todos los derechos recaudados en sus puertos, pues sabía que la Suecia codiciaba muy particularmente los recursos abundantes que producían los puertos de Pillau, Memel, Königsberg, Brunsberg, etc. También el elector, que todavía no había reñido con el rey de Polonia, pedía que se le autorizase para enviar á éste los cien soldados de caballería á que le obligaba su deber de feudatario, y en general que no se le obligase á romper con la Polonia hasta que tuviera ocupados militarmente, se entiende con el pretexto de protectorado, los territorios polacos que ambicionaba.

Se ve, pues, que el elector no se quedó corto en pedir y que no quería correr el riesgo de asociarse al plan osado de Carlos Gustavo por un precio mezquino; pero aunque de lo pedido habría rebajado algo, estaba pronto á prestar su alianza armada al rey de Suecia con las debidas precauciones. En vista de estas negociaciones, dejó por lo pronto el elector á un lado sus proyectos relativos al imperio, tanto mas cuanto que los que le ocupaban á la sazón iban encaminados al mismo objeto de redondear sus territorios divididos y separados, lo cual le obligaba á una política de acción enérgica. La división del reino de Polonia parecía entonces inmediata y en esta situación no podía quedar inactivo el elector, como tampoco pudo quedar inactivo un siglo despues Federico el Grande.

Sabiendo lo que deseaba el elector, falta saber ahora lo que alcanzó. Las negociaciones de Stettin entre los dos enviados brandeburgueses y dos comisarios suecos, á los cuales se agregó luego el mismo rey Carlos Gustavo, no produjeron ningun resultado; porque á pesar del deseo del último de lograr una union con el elector aun á costa de algunas concesiones, despertó su desconfianza y la de sus consejeros la actitud independiente y pretenciosa del elector, y muy particularmente impidieron la inteligencia las negociaciones de éste en el Haya para llegar á una alianza con Holanda, que estaba á punto de pactarse. Esta alianza, segun declararon el rey y sus consejeros en Stettin, era completamente irreconciliable con la amistad de Suecia, ya que solo podía estar dirigida contra ella, y en su consecuencia pidió Carlos Gustavo que se rompiesen aquellas negociaciones, porque jamás toleraría que los holandeses se presentaran en el Báltico como amos. Al elector le pareció tan importante entonces la union con la Suecia, que envió orden al Haya para aplazar todavía por algun tiempo la realización de aquella alianza: pero quiso la suerte que esta nueva orden llegara tarde, porque el convenio estaba ya firmado. Entonces el gobierno de Suecia, diciendo que la alianza del elector con Holanda le obligaba á ello, exigió que se le diera en garantía la plaza de Memel hasta el fin de la guerra y que el comandante militar de Pillau jurase fidelidad al elector y al rey de Suecia.

Con esto habían llegado las negociaciones á aquellas exigencias que había indicado meses antes el conde de Schlippenbach y que el príncipe elector había declarado completamente inaceptables. Esta misma contestación dió entonces, añadiendo que sobre este punto no admitía discusión.

Por de pronto se vió que la inteligencia era imposible, porque el rey Carlos Gustavo, que recibió en aquellos dias las primeras noticias de las ventajas brillantes alcanzadas en Polonia, estaba mas que nunca convencido de que podía realizar su obra sin el concurso del brandeburgués. Este por su parte estaba decidido á conservar su libertad de acción y á esperar los sucesos, y en lugar de pensar en ataques ni en conquistas pensó solamente en aumentar sus medios de defensa interin llegaba el momento de lanzarse á la lucha con

mejor esperanza de buen éxito. Así fueron cerradas las negociaciones de Stettin en agosto de 1655 con la reserva de continuarlas despues, y al propio tiempo el elector dió órdenes para dirigir todas sus tropas disponibles al ducado de Prusia, diciendo en una carta: «Solo podíamos sacar de este negocio fracasado una conciencia inquieta, la pérdida de las mas importantes regalías y la burla de todo el mundo, cuando ahora, habiendo defendido lo que es nuestro, nos encontramos con ánimo alegre esperando que Dios nos protegerá para conservar lo que nos pertenece (1).» Es decir, que el elector se contentó por lo pronto con un programa mas modesto.

CAPITULO II

LA GUERRA DEL NORTE Y LA SOBERANÍA DE PRUSIA

La guerra de Carlos Gustavo de Suecia contra la Polonia y muy pronto también contra la Rusia, «la mayor empresa que actualmente ocupa el mundo», dice un estadista francés, fué obra de un príncipe de origen alemán y tropas alemanas formaron siempre una gran parte de sus ejércitos; pero aquí solo podemos exponer las vicisitudes de esta guerra en lo que concierne á la parte que tomaron en ella, ya de obra, ya negociando, los Estados alemanes vecinos. Por de pronto, empezó y continuó como si se tratara únicamente de una lucha entre la Polonia y la Suecia (2).

Hasta mediados del verano de 1655 no concluyó Carlos Gustavo sus preparativos belicosos en el ejército terrestre y en la escuadra. Con un empuje poco enérgico desde la Livonia, empuje que tuvo por consecuencia la toma de Duneburg, abrió á fines de junio las hostilidades. Antes de la llegada del rey con las tropas suecas, el feldmarschal Wittenberg emprendió el primer ataque principal con el ejército reunido en Pomerania, el cual, atravesando la Pomerania oriental brandeburguesa, pasó el 21 de julio la frontera de Polonia y dirigió su marcha sobre el Netze, encontrando en Uscie al ejército polaco, que había tomado posiciones en la orilla derecha del rio. Constituían este ejército los contingentes de los vaivodazgos de Posen y Kalisch, era casi igual en número al ejército sueco, estaba mandado por sus vaivodas Opalinski y Grudzinski, que no pensaban en luchar, sino en rendirse y salvar lo suyo; y en 25 de julio fué firmada la capitulación de Uscie, de funesto recuerdo en la historia de Polonia. Los dos magnates, en nombre de la nobleza de los dos vaivodazgos, reconocieron por soberano al rey de Suecia y le prestaron homenaje como rey, no descuidándose en estipular condiciones protectoras para sus propias posesiones y abandonando á discreción del vencedor el país y sus habitantes. Cuando al dia siguiente llegó la vanguardia sueca delante de Posen y se preparaba la ciudad á la defensa, los dos magnates polacos obligaron á la poblacion, con amenazas, á entregarse y el pequeño ejército sueco ocupó casi sin hacer uso de las armas aquellas importantes comarcas en las cuales se condujo sin misericordia como vencedor. Este fué para la Polonia un comienzo vergonzosísimo (3).

(1) *Doc. y Actas*, tomo VII, pág. 395.

(2) Véanse para la historia de la guerra del Norte las obras fundamentales de Pufendorf: *De rebus a Carolo Gustavo... gestis libri septem*, Nuremberg, 1695, y *De rebus g. Friderici Wilhelmi magni Elect. Brandenburg.*, Berlin, 1695; por lo que toca al electorado de Brandeburgo, *Documentos y Actas*, en particular los tomos VII y VIII; y por lo relativo á Polonia, la historia de este reino por Rudawski, autor en general imparcial y de confianza. Mas adelante se citarán otras fuentes.

(3) Véase la obra de Casimiro Jarochoowski: *La gran Polonia durante la primera guerra sueca desde 1655 hasta 1657*. De esta obra, que no está á mi alcance, he utilizado algunas noticias publicadas en el